

# Adivinen qué traje de regalo, o apuntes para una teoría del futuro del libro o del libro del futuro

Rodrigo Fresán

UNO Aquí vengo, aquí estoy, de nuevo, como siempre: el enfermo fuera de lugar, el unimorfo perverso, el sádico aguafiestas, el acosador de menores.

Aquí vuelve a ser su aparición el padre tardío (yo) llevando de una mano a su hijito de cinco años a fiesta de uno de sus muchos, demasiados, amiguitos y, en la otra mano, sosteniendo un paquete envuelto en papel de colores brillantes y lazos complejos. Entonces, a continuación, vuelve a suceder lo mismo de siempre: el homenajeador cumpleañero saluda velozmente a mi hijo y se arroja sobre el regalo como un pequeño lobo famélico y desgarrar el papel.

Y ahí está, ahí viene, de nuevo, como siempre: un libro.

El degenerado de Rodrigo Fresán decide –ha vuelto a decidir– que el mejor regalo para un niño en edad de empezar a leer es nada más y nada menos que un libro.

Nada electrónico, inalámbrico o a pilas.

Todo lo contrario: un objeto antiguo pero de sobrada y eficaz permanencia.

Algo que se abre como una puerta para salir a jugar y no se activa como una ventana cerrada (esa pantalla) poniendo límites mientras seduce y engaña con la promesa del infinito.

Y ya sé cómo sigue: el amiguito de mi hijo me mira sin entender, sosteniendo esa cosa con apenas dos dedos, dejándola caer o haciéndola a un lado; porque aquí llega otro invitado, otro regalo,

seguramente más divertido que el mío. Atrás, vasos de papel en mano, los padres y madres me miran y hacen comentarios en voz baja. O tal vez no; pero yo –paranoico feliz y asumido– no puedo evitar sentirlo así.

Dos o tres horas después, volveremos a casa, y caerá la noche y, con la erupción de las estrellas, la voz de mi hijo pidiéndome que sigamos con el libro que estamos leyendo por capítulos me consolará haciéndome pensar en que estoy haciendo las cosas bien. Y, en sincro, pensaré también en que tal vez estoy arruinándole la vida a mi primo y único y último génito. Y que no será suficiente proclamar mi inocencia recordando que, también, supe calmar su afición a los Transformers, a quienes nunca entendí del todo pero que lo mismo estudié con amor y paciencia de padre<sup>1</sup>. Y que, quizás, de aquí a un tiempo, mi hijo me odie por no haberlo iniciado antes en los misterios de la Xbox o del Wii o del iPad y de tantos otros ingenios de este presente cada vez más futurista.

«Mi padre me hizo *unplugged*» sollozará mi hijo en el diván virtual de su psicoanalista hologramático.

Pero yo ya estaré lejos, inalcanzable, ligero polvo en el pesado viento posándose sobre los estantes de alguna biblioteca que ni los bomberos inflamables de Ray Bradbury considerarán foco de peligro y a la que, apenas, se dejará sola y bien custodiada –antigüedad y antigua– como se custodia a los huesos prehistóricos de un animal muy pesado ocupando demasiado espacio en las alas cortadas de un museo. Visitantes y curiosos: ¿para qué quemar libros cuando –resulta tanto más ecológico, contamina menos– se puede fundir a lectores biodegradables?

DOS Del polvo venimos y al polvo volvemos. Y hace tiempo leí –en un libro, por supuesto– que el 90% del polvo de una casa está compuesto por residuos del ser humano. Y vaya a saber uno en qué otro libro leí que el polvo le hace bien a los libros, que los mantiene jóvenes, que no es bueno desempolvarlos muy seguido.

---

<sup>1</sup> A propósito de la saga *Transformers*: me pregunto qué necesidad tiene una tecnología superior de venir a la Tierra para convertirse en torpes y rompibles automóviles que ni siquiera son ecológicos. Me pregunto, también, qué necesidad tiene un objeto tan atemporal como un libro de mutar a versión futurística y, por lo tanto, efímera como Kindle o ebook.

Así, nosotros nos deshacemos para que los libros no se deshagan.

Me parece prosística y poéticamente justo.

Lo que me lleva a la justicia de ciertas palabras, a la exactitud de ciertos conceptos, a la intención de ciertas convocatorias como ésta, y al no poder evitar preguntarme si cuando todo el tiempo hablamos del futuro del libro en realidad no estaremos hablando del libro del futuro.

Porque –lo del principio– a mí me parece que el futuro del libro no corre ningún peligro.

Ahí están los libros y ahí está el futuro.

Mírenlos.

El libro del futuro –todos esos artefactos más o menos novedosos– corre un riesgo mayor y mucho más próximo, pienso. Ya saben: una frenética sucesión de modelos nuevos reemplazando (y degradando y denigrando, por vetustos y fuera de lugar) a los modelos anteriores.

Hoy, gracias a Jobs, todos somos un poco Job.

Corremos y tropezamos y caemos y volvemos a levantarnos en una desesperada carrera armamentística para ver quién almacena más y más rápido. Una adicción consumista imposible de saciar y, ah, toda esa gente –*ah, look at all the lonely people*– llorando en las esquinas por la muerte de Mr. Big Mac como alguna vez se lloró la muerte de Lennon o de Kennedy o del Papa de turno.

Así, el libro –que alguna vez fue pared, luego pergamino, más tarde manuscrito y, finalmente, libro– como más envase que contenido, forma imponiéndose al fondo.

El libro como máquina más imaginada que imaginativa.

El libro en permanente metamorfosis, radiactivo, irradiando su radiactividad sobre los lectores. Lo que, pienso, constituye el verdadero problema, la auténtica intriga: el lector del futuro y el futuro de los lectores.

TRES Uno de mis escritores favoritos, el norteamericano Kurt Vonnegut, describía en su novela más conocida, *Matadero 5*, a los libros de una raza extraterrestre y, por supuesto, tanto más avanzada que la nuestra. Oigan: «Los libros de ellos eran cosas pequeñas. Los libros tralfamadorianos eran ordenados en breves conjuntos de símbolos separados por estrellas. Cada conjunto de sím-

bolos es un tan breve como urgente mensaje que describe una determinada situación o escena. Nosotros, los tralfamadorianos, los leemos todos al mismo tiempo y no uno después de otro. No existe ninguna relación en particular entre los mensajes excepto que el autor los ha escogido cuidadosamente; así que, al ser vistos simultáneamente, producen una imagen de la vida que es hermosa y sorprendente y profunda. No hay principio, ni centro, ni final, ni suspenso, ni moraleja, ni causa, ni efectos. Lo que amamos de nuestros libros es la profundidad de tantos momentos maravillosos contemplados al mismo tiempo».

No nos engañemos: ninguno de los lectores electrónicos en el mercado y a nuestra disposición por estos días goza del lirismo epifánico de un libro Made in Tralfamadore. Los libros tralfamadorianos están pensados por y para una inteligencia superior, para una capacidad para comprenderlo todo al mismo tiempo. Sus equivalentes presentes y terrestres parecen enorgullecerse de ofrecer lo mismo —fragmentación, simultaneidad, velocidad— pero su efecto parece ser el contrario. Los lectores electrónicos, supuestamente, contribuyen a facilitar y acelerar la experiencia de la lectura pero, en realidad, parece ser, acaban quitando las ganas de seguir leyendo. Pero —antigua noticia de último momento, paren las rotativas— seguimos leyendo a la misma velocidad que leía Aristóteles. Más o menos unas 450 palabras por minuto. Así, toda esa externa velocidad eléctrica a nuestra disposición acaba estrellándose contra nuestra pausada electricidad interna. Es decir: las máquinas son cada vez más veloces; pero nosotros no. Vivimos y creamos empeñados en aumentar la capacidad de máquinas para almacenar un número de libros que jamás alcanzaremos a leer. Visto así, a mí me parece que el libro de papel está más cerca de nuestro ritmo (hay noches en que envidio profundamente el entorno del siglo XIX a la hora de leer novelas decimonónicas a la luz de las velas) y, por favor, hay alguien en la sala que pueda explicarme cómo es que en los últimos años evolucionaron tanto los teléfonos y tan poco los aviones, ¿eh?

CUATRO Hay tres ensayos para mí imprescindibles sobre el futuro del libro y el libro del futuro. Por orden cronológico éstos son *The Gutenberg Elegies: The Fate of Reading in an Electronic Age*, de Sven Birkerts (1994), *The Shallows*, de Nicholas Carr

(2010) y *The Lost Art of Reading: Why Books Matter in a Distracted Time*, de David L. Ulin (2010).

Y los tres –cada uno a su manera– apuntan a la misma paradoja.

Hubo un tiempo en que las fiestas o el cine o la televisión o el alcohol o las drogas o el sexo o la política o los atardeceres nos alejaban de los libros.

Ahora –¡sorpresa!– son los libros los que nos alejan de los libros.

Los libros desde pantallas que nos impiden concentrarnos por más o menos largos períodos de lectura sin sentir la refleja y automática tentación de saltar a otro sitio, a otro *site*, a enredarnos en redes sociales y, de pronto, ya es hora de irse a actualizar nuestro perfil en red social. En pantallas –las grandes y pequeñas pantallas– en las que ya no se proyectan nuestras vidas porque nuestras vidas, ahora, cada vez más, son pantallas.

Ser o no ser pantalla, ésa es la cuestión.

Estar ahí.

Y tiempo atrás, en la revista dominical de *El País* –publicación que el pasado verano nos obsequió con bonitos y sentidos twits/micro-relatos estivales de sus lectores– leí una buena entrevista a Philip Roth de Jesús Ruiz Montilla donde habla sobre la extinción y muerte de los lectores de verdad. No encuentro la revista, encuentro la entrevista en pantalla. Tiembla Roth: «¿Dónde están los lectores? Mirando las pantallas de sus ordenadores, las pantallas de televisión, de los cines, de los DVD. Distráidos por formatos más divertidos. Las pantallas nos han derrotado». Y refiriéndose al Kindle –la última encarnación de libro electrónico–, Roth dice: «No lo he visto todavía, sé que anda por ahí, pero dudo que reemplace un artefacto como el libro. La clave no es trasladar libros a pantallas electrónicas. No es eso. No. El problema es que el hábito de la lectura se ha esfumado. Como si para leer necesitáramos una antena y la hubieran cortado. No llega la señal. La concentración, la soledad, la imaginación que requiere el hábito de la lectura. Hemos perdido la guerra. En veinte años, la lectura será un culto... Será un hobby minoritario. Unos criarán perros y peces tropicales, otros leerán».

En la misma revista, otro domingo, Javier Marías ironizaba sobre la inutilidad de todas esas campañas estatales a favor de la

lectura preguntándose si no sería mucho mejor predicar lo contrario: no un «el libro es para todos» sino un privilegiante y exclusivo «el libro es solo para algunos elegidos y usted no es digno de un libro; así que ni se le ocurra mirarlo o tocarlo». Tal vez así, razonaba y sonreía con acidez Marías, la gente sentiría curiosidad, codicia, ganas de pertenecer, y volvería al libro como se vuelve a un lugar solo accesible para los stendhalianos *very few*.

El asunto mecánico –las elegantes líneas de todo artilugio Mac-han, claro, desplazado al deseo por una buena historia hacia un deseo por el objeto cruzando la delgada pero definitiva línea roja que separa a la honda pasión del superficial enganche. De ahí que –mi humilde proposición– tal vez haya que combinar ambos factores: crear un libro que, cada vez que llegas al final de un capítulo, te exija resumen y apreciación crítica de lo que te ha contado y que, de no estar tú a la altura de lo que te demanda, ese libro se acostará con tu mujer, robará el cariño de tus hijos y hablará con tu jefe para que te deje en la calle.

Un producto literalmente terrorista.

Seguro que tendría mucho éxito.

CINCO Y un par de apuntes marginales pero dignos de consideración... De acuerdo, en un Kindle entra toda una biblioteca, pero no podemos prestar ni robar libros de ella. Mientras que la –permítaseme en tiempos en que todos se matan por el copyright de un logaritmo patentar una humilde palabra– parte de la *libritud* de un libro pasa por poder pasar de mano en mano, por prestarlo, y hasta por perderlo sin que esto nos signifique un gran drama económico.

Y leo que en *The New York Times* se advierte de que otra de las tantas especies impresas en peligro de extinción por electricidad es la de la marginalia. Palabra inglesa que –espero– la RAE nunca capture para escribir a su manera. Término que designa a todo eso que se suele subrayar y escribir en los márgenes de un libro que se está leyendo. La cosa es más interesante, claro, cuando quien escribe en las orillas de lo que se lee es un escritor. Y todo eso, parece, empieza a desaparecer (junto a la correspondencia profusa y meditada) por influencia y presencia cada vez más omnipresente de soportes dígito-informáticos, donde se busca imitar cada vez más fielmente la página de papel, pero aún no se

puede acotar demasiado en las orillas. Y, cuando se pueda, cómo preservar todo eso. ¿Saldrán a remate iPads y Kindles como se rematan bibliotecas? ¿Y si se rompen? ¿Y si se acaba la electricidad? ¿Y si –como aseguran muchos estudiosos– tarde o temprano tendremos que desenchufarnos porque respiramos un aire saturado de ondas y algoritmos y bacterias positrónicas? ¿Y si morimos todos electrocutados?

SEIS Los ya mencionados Birkerts y Carr y Ulin se refieren una y otra vez a lo que a mí sí me parece futurísticamente inquietante y determinante del futuro del libro: la pérdida de la capacidad de concentración para la lectura larga y tendida suplantada por la voraz disposición para consumir telegráfica y espasmódicamente frases de 140 caracteres<sup>2</sup> y por la cada vez menor necesidad de hacer memoria, porque todos disponemos de un cerebro externo y eficiente llamado Google.

El futuro del libro depende, pienso, de una nueva consagración de la soledad en tiempos donde nadie quiere estar solo.

O quiere estar a solas con miles de personas. Como cantaba y canta Roberto Carlos: «Yo quiero tener un millón de amigos» y «Yo quiero un coro de pajaritos».

Canarios en esa mina de carcón que es Facebook y twit, twit, twit y, sí, da un poco de asco limpiar la jaula.

No me preocupa el futuro del libro literario.

Siempre habrá una feliz resistencia leyendo a Tolstoi y a Proust y a Joyce y a Foster Wallace y a (pongan aquí vuestro autor favorito).

No hay crisis allí; pero sí hay crisis –crisis grave– en las playas cada vez más desérticas del best-seller. Esos libros que funcionaban como trampolín de piscina en la que hacer pie y aprender a nadar para luego partir con poderosas brazadas hacia profundidades oceánicas.

Y ahora, en cambio...

---

<sup>2</sup> Formato que ya muchos elevan a una suerte de arte popular –algo así como graffittis electrificados– olvidando que, como en tantas otras ocasiones, *yes we can*, convendría dejarle todo el asunto a los profesionales de la forma como *stand-up comedians* maestros del *one-liner*, profundos y geniales aforistas, e ingeniosos *mad men* de la publicidad.

Basta y sobra con echar un vistazo y comparar los vampiros de Anne Rice con los vampiros de Stephenie Meyer, las conspiraciones de Dan Brown con las de Robert Ludlum y, por una cuestión de piedad y buen gusto, no inserto aquí apellidos y catedrales y maldiciones castellanas. Pero, de verdad, comparen lo que se hace hoy en ese terreno con lo que hacían Irving Wallace o Irving Stone o Morris West y Leon Uris. Y ni hablemos de lo de Somerset Maugham o de Thomas Mann o de Charles Dickens, best-sellers todos ellos. Cómo saltar por estos días –como alguna vez salté yo– del *Siddartha* de Herman Hesse a *La isla* de Aldous Huxley. La mayoría de los best-sellers de hoy sólo conducen –como máquinas rotas o completamente funcionales en su solipsismo– a otros best-sellers. Y a la ilusión perdida y al canto de las sirenas de que –ligeros, *light*, *diet*– resultan tramas perfectas para cargar y consumir en tabletas livianas, delgadas, luminosas, brillando en la fosforescente oscuridad de tiempos en los que se lee y se escribe más que nunca.

Pero, también, peor que nunca.

Guardé la primera plana de *La Vanguardia* del pasado 21 de abril. Y cada tanto la miro. Recuerdo perfectamente por qué decidí guardarla. Titular en letras catástrofe. Allí se leía y ahora releo: *Los docentes alertan sobre la falta de ortografía de los jóvenes*. Y, como subtítulos, *Internet deja más al descubierto las carencias en la escritura* y *En las redes sociales la expresión es más descuidada, según los expertos*. Y no era que ese particular día no hubiese sucedido nada o no se encontraran a disposición del jefe de cierre las habituales noticias de fundamentalismo religioso, político, económico, existencial o terrorífico. Por eso, a mí me conmovió el hecho de que a alguien le hubiese parecido importante, por una vez, alertar a la ciudadanía pública no con un «Vienen los bárbaros» sino con un «Llegaron los barbarismos».

En las páginas interiores y centrales, la mucha información sobre el tema asumía sin problemas su condición de S.O.S. más que de S.M.S. Allí, últimas noticias del naufragio: pésima ortografía, peor sintaxis, y el mandato divino de no superar los twitteables 140 caracteres obligando a suprimir vocales y consonantes. Y, cuando se salía de la pantalla para llenar la página, el testimonio de un cate-drática advertía de la presencia de «textos sinsentido de frases kilo-



métricas donde no hay comas ni puntos». Y, tal vez, lo más importante de todo y lo de fondo sin fondo: la idea de que la buena ortografía ya no enorgullecía o daba cierto prestigio sino que era considerada como una tiránica imposición de un sistema a derrocar por los indignados. Todo esto acompañado –lo mencioné más arriba– por los electrizados entusiastas que no dejan de apuntar que nunca se ha leído y escrito más que en estos tiempos. La cantidad por encima de la calidad. Otros, más cautos, afirmaban que la clave pasaría por encauzar esta irreflexiva adicción al tecleo y a la lectura de pequeñeces hacia el placer meditado por las grandes cosas. Pero no va a ser sencillo, advertían. Esa misma doble página de *La Vanguardia* aportaba las siguientes cifras: el 37% de jóvenes entre 15 y 29 años no lee libros; y el 44% lee, sí, pero por obligación. Y –tal vez lo más perturbador– los más pequeños afirman leer con placer, pero ese placer se va perdiendo a medida que crecen.

Es decir: lo que se añade en estatura humana se resta en altura humanística.

El futuro de los escritores que escriben los libros no parece muy brillante.

Por los días de aquella primera plana, salía a la venta el libro *Adéu a la Universitat: L'eclipsi de les humanitats* del académico y leyenda viviente local Jordi Llovet. Allí, Llovet se despide de un mundo del que, siente, ha sido despedido. Un mundo que no ha sido eclipsado (los eclipses son breves y pasajeros) sino que cabalga hacia ese largo crepúsculo que antecede a una noche eterna. Un mundo al que ya no le preocupan las Humanidades como materia de estudio y aprendizaje. Esas carreras que, en España, empiezan a terminar sin llegar a la meta, a faltarles alumnos a colgarse como diplomas de peso muerto a la hora de buscar y encontrar un buen trabajo<sup>3</sup>.

Un mundo en que los estudiantes secundarios acceden a la universidad con conocimientos y preparación de segunda y «un desconocimiento casi absoluto de las lenguas clásicas, también de las modernas, incluida las de su padres, por escrito y oralmente».

---

<sup>3</sup> Atención, alerta, a los botes: mientras el número de estudiantes universitarios ha crecido cerca del 28,5% en los últimos veinte años, aquellos que optan por carreras humanística se han reducido en un 15,8% y bajando.

Un mundo donde lo que priva y primará serán profesionales formados en disciplinas científicas y técnicas y económicas hiperespecializadas.

Sépanlo: alguna vez hubo algo básico y que se le exigía a todo individuo llamado *cultura general*. Sépanlo también: la cultura general ha sido degradada a *cultura soldado raso*.

Y cada vez hay más casinos de oficiales que nunca saltan al frente de batalla<sup>4</sup> y cada vez menos librerías donde entrar a hojear libros en paz o, al menos, en tregua.

Y otra cosa: para mí –y, me consta, para muchos– la experiencia de disfrutar un libro comienza en el momento en que me entero de su existencia, en que salgo en su busca o en que lo descubro sin saber que allí estaba, esperándome. Y en los textos de solapa. Y en el diseño de portada. Y en su peso variable<sup>5</sup>. Y en el acabar comprando algo que no era lo que estaba buscando pero, de pronto, me resulta imprescindible. Y la instantánea y profiláctica función de «descargar» un libro a mi lector, en cambio, me parece demasiado parecida a la de abrir el refrigerador y ver qué hay ahí dentro, listo para ser descongelado.

Y no me gusta decir «mi lector».

Me gusta seguir pensando que mi lector sigo siendo yo.

SIETE Y la lectura es un don que no se queda sólo en eso: si se agita una y otra vez y se usa con frecuencia, tarde o temprano se alcanza ese placer tanto más sofisticado y exquisito que la lectura. Me refiero a la relectura y me pregunto si alguien releerá en pantalla. De algún modo, la primera lectura (misterio, incertidumbre, sorpresa) nos escoge a nosotros. Pero somos nosotros quienes escogemos lo que vamos a releer. Y, de acuerdo, ya no hay novedad. Sabemos cómo empieza y termina; aunque en ocasiones, cada vez más seguido, descubramos que no recordamos nada del cuerpo de la trama y que nos hemos quedado, apenas, con un per-

---

<sup>4</sup> O lo que es lo mismo: economistas y banqueros y ministros de economía posando para la foto sonriendo la sonrisa de quien no tiene la menor idea de lo que está pasando.

<sup>5</sup> En iPad o en Kindle todos los libros pesan igual. Y –sépanlo– todos los libros no tienen el mismo peso.

fume inolvidable. Pero el placer de volver allí es el mismo del retornar al sitio de unas vacaciones inolvidables.

Ahí, me parece, el objeto libro será fundamental.

Las ganas de buscarlo y encontrarlo en nuestros estantes, y lo que guardamos entre sus páginas mientras lo leíamos, y alguna línea subrayada.

Con este espíritu, me hice con las recientes ediciones de Jane Austen anotadas por David M. Shapard.

¿Por qué Austen, una de esas autoras que según Birkerts y Carr y Ulin dentro de poco ya nadie tendrá la capacidad de concentración necesaria para leerlas?

Respuesta: porque estuve con ella hace tanto, en otro siglo, en otro milenio, en otra vida: cuando leía también a Poe y a Chesterton. Y no es que haya olvidado sus argumentos. Para fijarlos para siempre llegaron, luego, Emma Thompson y Kate Winslet y Gwyneth Paltrow y Keyra Knightley y Anne Hathaway y todos esos actores de uniforme dando largas zancadas por los prados de BBClandia, de una casa a otra, para declararse a doncellas sonrojadas. Pero en su momento –lo confieso también sonrojado– no supe percibir su genio. Años después descubriría a la más inteligente y astuta George Eliot (cuyas novelas, a diferencia de las de Austen, no cierran en luminosa boda sino que abren con sombríos matrimonios) y Austen descendería en los estantes de mi biblioteca como quien baja por una escalera que ya nunca volverá a subir.

Pero aquí venía de nuevo.

Sweet Jane.

Y hay que decir que el enorme y un tanto demencial trabajo de Shapard tiene su gracia y es digno de agradecimiento.

Así –la nota al pie como reflejo original del *click* sobre una determinada palabra o término o nombre– Austen en la página de la izquierda y, en la de la derecha, abundantes entradas y salidas que incluyen clasificación de oportos, diseños de túnicas de fiesta (con viñetas), diferentes modelos de carruajes, citas de cartas de Austen, apuntes críticos, y lo más divertido de todo: el análisis de comportamientos y reacciones de los personajes de acuerdo al protocolo y moral de la época.

Así, también, la sensación de adentrarse en una historia acompañados por la Historia dentro de la que fue creada.

Una fiesta.

El banquete eterno de Internet (también conocida como la Red o la Web, apodos que, nada es casual, remiten al enredo o a la telaraña) es para varios el sitio donde los perdidos creen encontrarse.

Pero nadie relee allí.

No hay tiempo para volver sobre los propios pasos.

Se impone seguir, avanzar, patinar sobre el hielo delgado del momento, sin meta o destino a la vista, sin fin ni final ni finalidad.

En el futuro todos serán famosos por quince minutos.

En el presente, en cambio, todos creen ser famosos cuando reciben quince *comments*.

Y todavía me falta leer una gran novela sobre Internet y sus alrededores, sobre el e-mail y el anonymous, sobre el rumor o la impostura certificados por la eléctrica legitimidad de algo que, me temo, no es un género sino apenas un medio. Quiero pensar que esa gran novela no demorará en aparecer, como aparecieron las grandes novelas del cine, de la televisión y del teléfono<sup>6</sup>.

Y, cuando aparezca esa novela, prometo dejar de releer lo que esté leyendo para leerla.

Y –aunque no vaya a estar por aquí– me gustaría volver a ella dentro de una o dos docenas de décadas, cuando salga la versión anotada.

Y que allí en los márgenes –y en las márgenes de tanta agua turbulenta sobre las que nadie aún ha construido un armonioso puente– alguien se atreva a explicar cómo se persuadía, y para qué, y por qué la gente tenía tantas ganas malas y tanto mal tiempo libre para teclear tantas estupideces, sin sentido ni sensibilidad, sin orgullo y con tanto prejuicio, allá por los primeros 2000. Años en los que –ignorados por toda posible vida inteligente en nuestro planeta, el espacio exterior descartado en nombre del espacio interior de nuestro ADN y nuestro AC/DC– comenzamos a transformarnos en fantasmas en la máquina, en nuestros propios e hiper-tecnificados extraterrestes, en aliens, en marcianos.

Por lo pronto, ya es ciencia, me he enterado de que nuestros pulgares –ese dedo clave que nos diferenciaba de tanta poco ins-

---

<sup>6</sup> Sí, hay grandes novelas sobre casi todo, capaces de enaltecer lo más frívolo y prosaico y chismoso. Austen es buena muestra de ello.

pirada pero tan inspiradora criatura más abajo en la escalera mecánica de Darwin— van deformándose y cambiando a fuerza de darle tanto a la tecla.

Los milenios dirán si nuestro nuevo pulgar será o habrá sido un pulgar hacia arriba o hacia abajo.

OCHO En los últimos tiempos me voy a dormir temprano, y antes del dulce sueño siempre suele aparecérseme la agria posibilidad del insomnio a conjurar y vencer. La otra noche, por ejemplo, me pregunté si todo lo que está sucediendo no tendrá que ver con que el animal lector ha alcanzado su cenit evolutivo y rebota ahora contra la cúpula de su perfección y límite y marcha atrás, hacia una suerte de involución disfrazada de mutación *high-tech*. Porque, piénsenlo, no ha sido fácil llegar hasta aquí, recorriendo el largo camino que va del polvo de estrellas, a la ameba anfibia, al simio erguido, hasta alcanzar la capacidad y el talento para disfrutar de una de las tareas más maravillosamente complejas y, para mí, aún inexplicables: el cómo hacer que un puñado de signos se nos metan en los ojos, lleguen hasta el cerebro y, allí, se conviertan en historias y en personas y en mundos, siempre diferentes, siempre contruidos en complicidad con sus arquitectos. Son los escritores quienes trazan el plano, pero nosotros quienes hacemos uso de, cómo decía Proust, ese «instrumento óptico» que nos permite discernir aquello que, sin *ese* libro, tal vez no habríamos visto nunca en nosotros mismos.

NUEVE Se me pidió que escribiera primero y leyera después algo sobre el futuro del libro y, descubro, me he ido por las ramas pero, al menos, no he surfeado por las olas de encrestados *sites*.

Me he referido al libro del futuro, a sus posibilidades *sci-fi*, a la erosión de las mareas electrónicas sobre la acústica de los acantilados de nuestro cerebro.

Hace dos eneros, festejé el que la emisión en vivo y en directo de Steve Jobs presentando su iPad fuera interrumpida —al menos por unos segundos— por la mala nueva de la muerte de J. D. Salinger. Me pareció un acto de justicia poética. Una breve victoria de la literatura y de alguien que escribió pocos/suficientes/inmortales libros por encima del efímero y casi inmediatamente desactualizado artefacto capaz de almacenar miles de títulos que —ya lo dije— jamás se leerán.

Lo paradójal de lo ultra-portátil y lo mega-inconmensurable en el mismo sitio.

Porque, claro, ¿quién va a tener tiempo para leer vastas novelas decimonónicas cuando hay que estar chequeando y contestando y reportando sobre la novela de nuestras vidas a tantos amigos ansiosos por saber qué comimos y cuál fue la posterior consistencia y tonalidad de la materia fecal resultante de ese almuerzo? Buen provecho y a modo de infusión digestiva: a la hora de la verdad, me temo que a nadie le importa nada de todo eso; y no es lo mismo *estar* que *ser*. Pero yo te lee para que tú me leas y comulgemos en ese espejismo de comunidad planetaria donde nadie conoce a casi nadie pero aún así aspira a saber todo de todos, en el acto, entre famosos e infames.

No festejé, semanas atrás, la muerte de Steve Jobs pero sí me inquietó la potencia mesiánica de su despedida para sus fieles. Las reverencias a una súper-mente que, aún así, prefirió –hasta que fue demasiado tarde– no atenderse por médicos optando por terapias alternativas y espirituales.

Tiene su paradójica gracia: Jobs –profeta del lo *high-tech*– optó, a la hora de la verdad, por el jugo de árboles antes que por los quirófanos láser.

Y, de acuerdo, la innegable seducción de su evangelio y credo. El *holy ghost* y el *body electric* de su fe. La fascinación supuestamente bendita de la comunicación constante, de la velocidad de la luz, del plasma que pasma... Pero hay muchos días en los que yo extraño cierta lentitud y el saber que todo el saber no estaba en un solo sitio a segundos de distancia. Extraño esa felicidad de buscar algo y de hallarlo yo solo y por las mías. Extraño encontrarme con un amigo –un amigo de verdad– y demorar varias horas en ponernos al día.

Y extraño sentirme inaccesible, incomunicado, soñando, solo, o lo que es lo mismo: leyendo.

DIEZ A solas y bien acompañado. Y con todo el tiempo del mundo. Con todo el pasado y el presente y el futuro en nuestras manos y en nuestros ojos. Comencé escribiendo sobre niños (sobre, si todo sale bien, futuros lectores de los que dependerá tanto el libro del futuro como el futuro del libro) y terminaré evocando a un lector del pasado que alguna vez fui y que sigo siendo.

Porque la lectura y quien la practica no tiene edad.

Leemos para escaparnos del tiempo más que para ser futurísticos.

Allí estoy yo entonces, debo tener unos ocho o nueve años, frente a un televisor antiguo, pocos canales, tres o cuatro, y tanto más primitivo que cualquier libro: porque ese televisor es en blanco y negro y yo ya leo, siempre, en colores y en perfumes y en sonidos mucho más fieles y sutiles y atronadores; y yo puedo sentir las cuerdas de velas piratas y el frío de hielos polares y el suave viento de las estrellas acariciando mi traje de astronauta.

Pero, ahora, estoy viendo mi programa favorito.

Acaso el mejor taller literario jamás llevado a imagen y sonido.

La serie de televisión *The Twilight Zone* que, en Argentina se emitió como *Dimensión desconocida* y en España como *En los límites de la realidad*.

Con Rod Serling como trajeado anfitrión (anticipando el *look* de Don Draper en *Mad Men*) invitándonos, semana tras semana, a temblar de placer con un, breve en minutos pero amplio en efecto, relato donde lo fantástico se funde, siempre, con lo moral.

El episodio de hoy –de entonces– se titula «*Time Enough at Last*», fue emitido por primera vez el 20 de noviembre de 1959, durante la primera temporada de la serie y, con el paso de los años, los especialistas no dudarán en señalarlo como a uno de los mejores momentos de *The Twilight Zone*.

«*Por fin tiempo suficiente*» (ese sería su título en nuestro idioma) está protagonizado por Burgess Meredith, actor que más tarde sería un gran Pingüino en la serie kitsch-pop *Batman*, manager del boxeador Rocky Balboa y, *last but not least*, agónico comediante en una lograda adaptación cinematográfica de *El día de la langosta* de Nathanael West.

En ese episodio de *The Twilight Zone*, Burgess Meredith da cuerpo y alma a un pobre tipo llamado Henry Bemis, gris y miope oficinista que sólo alcanza la felicidad cuando lee. Pero su despótica esposa no se lo permite en casa y, mucho menos, se lo permite su despótico jefe en su escritorio. Una y otro no lo dejan leer. Un mediodía, Bemis –en la hora de su almuerzo– baja a la bóveda en el sótano para poder leer tranquilo. De pronto, todo tiembla y, al volver a la superficie, Bemis descubre que todo ha sido

arrasado por una por entonces muy de moda Bomba H. Bemis comprende que no queda nadie vivo en la Tierra y –superada la angustia inicial que le hace pensar en el suicidio– se da cuenta de que, al fin, en el fin del mundo, concluida la guerra más breve de la Historia, tendrá todo el tiempo del mundo para poder leer en paz. Bemis se dirige hasta las ruinas de una biblioteca y, feliz, comienza a recoger novelas y ensayos y enciclopedias y diccionarios y a organizarlos en pilas, en el futuro de sus libros en sus libros del futuro. Entonces, de golpe, Bemis tropieza, y se caen sus gafas, y se rompen. Igual que se rompería un iPad o un Kindle o lo que sea, lo que vaya a ser. La última escena muestra a un Bemis casi ciego, indefenso, con los ojos bien abiertos, pero ya sin poder leer nada.

Pero ese no es el tema, pienso.

El tema y la advertencia es ten cuidado con lo que deseas porque puede cumplirse y –otra vez, como decía Vonnegut– ten cuidado con lo que pretendes ser porque eso es lo que finalmente eres.

Tenerlo todo al alcance de la mano no significa estar capacitado para disfrutarlo o comprenderlo o verlo. El acceso a una superficie sin límites puede significar, también, la condena a la superficialidad, al dar saltitos de piedra en piedra, luego de haber perdido la habilidad para mojarnos con dedicación absoluta a un pequeño pero trascendente punto del torrente.

Y siempre puede acontecer un pequeño pero definitivo accidente fuera de guión, de programa.

No es fácil, no es sencillo, mañana nunca se sabe.

Mientras tanto y hasta entonces, no, lo siento, así es la vida, no guardé el recibo, no puedes cambiar ese libro por otra cosa, pequeño.

Feliz cumpleaños ☺